

EL PREDICADOR Y EL PODER



Fray Hortensio Paravicino, por El Greco,
1609

Estudio de un sermón cortesano:

A la Dedicación del Templo de Lerma (1617)

por Fray Hortensio Paravicino

En el mes de octubre de 1617 se celebraron en la villa de Lerma suntuosas fiestas organizadas por don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma. Sin duda, el hasta entonces omnipotente primer ministro de Felipe III empezaba a presentir que su privanza estaba ya muy amenazada y que su hijo primogénito, el Marqués de Cea, le había minado demasiado el terreno. En todo caso, el de Lerma quiso dar especial lustre a sus fiestas y sobrepasar aun las que había organizado el año anterior su tío, el cardenal don Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo y Primado de las Españas, con motivo de la erección del Sagrario de la catedral y de la traslación de la imagen de la Virgen¹.

Conociendo la inclinación del soberano a las fiestas y a los regocijos palaciegos, el valido puso todo su empeño en la preparación de estas celebraciones que resultaron aparatosas y muy costosas. Como el año anterior para Toledo, acudieron a Lerma, en la comitiva de la familia real, lo más granado de la corte, los grandes y los nobles, así como muchos ingenios y señalados sujetos de la Villa y Corte, que concurrieron a las solemnidades, contándose entre ellos el poeta don Luis de Góngora, recién llegado de Córdoba. Según la piadosa costumbre de Felipe III, para la fecha aniversaria de la muerte de la reina doña Margarita de Austria, se celebró el día 4 una parentación por el alma de la difunta reina y dos días después, viernes 6 por la noche, dieron principio las fiestas que habían de durar hasta el viernes 20.

Además de las solemnidades religiosas para celebrar la dedicación de la iglesia colegial de San Pedro y la traslación del Santísimo Sacramento a los conventos edificadas por el de Lerma en su villa, hubo comedias (costeadas por el Conde

Francis CERDAN

Universidad de Toulouse-Le Mirail

de Saldaña y por el de Lemos), mojigan-gas, representaciones mitológicas, fuegos, gigantes, toros y canas, etc.². El amenazado valido quería que quedasen patentes sus acciones de favorecedor de monasterios, conventos y piadosas fundaciones, ya que pensaba en solicitar del Sumo Pontífice, Paulo V, la púrpura cardenalicia para precaverse contra posibles riesgos y ponerse fuera del alcance de la venganza de sus enemigos. Como era de esperar, las solemnidades religiosas, que fueron suntuosísimas, dieron lugar a lucidos sermones a cargo de nueve famosos predicadores. De los nueve sermones ha llegado hasta nosotros el texto completo del que predicó el día de la dedicación de la iglesia colegial, fray Hortensio Félix Paravicino. Este sermón, que nos proponemos estudiar en detalle aquí, se nos ofrece hoy como una pieza de gran interés por diversas razones.

Hoy conocemos a Paravicino sobre todo como modelo del Greco y los dos retratos del fraiñe trinitario que pintó el maestro de Toledo, principalmente el que lo representa sentado en un sillón con dos libros en la mano, se clasifican generalmente entre los mejores del Cretense³.

² Existen varias relaciones de las fiestas de Lerma. Véase en la conocida obra de J. ALENDA y MIRA, *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, Madrid, 1903, los números 678 a 683. La más completa y fiel es la del licenciado P. de HERRERA, *Traslación del Santísimo Sacramento a la iglesia colegial de San Pedro de la Villa de Lerma, con las solemnidad y fiestas*, Madrid, Iuan de la Cuesta, 1618 (ejemplar en la R. A. Historia). Cabe señalar también el largo poema cortesano (233 octavas) escrito por F. LOPEZ de ZARATE, *Fiestas en la traslación del Santísimo Sacramento a la Iglesia Mayor de Lerma*, que puede leerse hoy en la edición de las Obras varias de Francisco López de Zarate por José Simón Díaz, Madrid, C. S. I. C., 1947.

³ Este retrato, recientemente expuesto en el Museo del Prado y que encabeza el catálogo de la exposición de Madrid (El Greco de Toledo, Fundación Banco

Pero en su tiempo, fray Hortensio Paravicino (1580-1633) fue una figura de mucho relieve, una de las más sugestivas de la época que cubre la segunda mitad del reinado de Felipe III y la primera parte del de Felipe IV. En 1617 era ministro del convento de los trinitarios de la calle de Atocha y al mismo tiempo visitador de la provincia de Andalucía. Tras brillantes estudios en la Universidad de Salamanca, donde se había graduado de maestro en Teología, había llegado a Madrid para el capítulo provincial de 1606 en el que fue elegido definidor, radicándose entonces definitivamente en Madrid. Muy pronto, a pesar de su corta edad, hubo de cobrar fama de orador, predicando tanto en su convento como en las más concurridas iglesias de la villa y corte, al par que iba ampliando el círculo de sus relaciones en el mundo de la Corte y de las letras, en Madrid y en Toledo, asistiendo a palacio, frecuentando academias literarias y trabando amistades con los principales ingenios, poetas y eruditos, así como con aristócratas, nobles y grandes. En 1617, Paravicino empezaba a ser uno de los más destacados predicadores de la capital. El año anterior se había lucido en las fiestas del cardenal-arzobispo de Toledo, predicando el sermón de la presentación de la Virgen en la traslación de su imagen al Sagrario de la catedral y participando al certamen poético. El hecho que se le encargara el sermón de la dedicación del templo de Lerma tiene particular importancia. Fue, sin duda, el último eslabón que determinó Felipe III a consagrar la celebridad de fray Hortensio nombrándole predicador real. En efecto, pocos días después de las fiestas de Lerma, el cardenal patriarca de Indias, capellán mayor del Rey, escribía a fray Hortensio:

«Su Magestad ha sido servido de hacer merced a Vuestra Paternidad de la plaza de

Urquijo. Kunstbuch Berlin, 1982), se conserva en el Museo de Bellas Artes de Boston. El otro retrato representa a fray Hortensio más joven y perteneció a la colección del marqués de Casa Torres, procedente de la colección Urguir, de Sevilla.

¹ Véase la Descripción de la capilla de Nuestra Señora del Sarario y relación de la antigüedad de la Santa Imagen con las fiestas de su traslación ..., por el licenciado P. HERRERA. Madrid, Luis Sánchez, 1617 (B. N. Madrid sig. 2/42 628 o 3/59 097).

su Predicador, de que me quedo yo muy contento por lo que deseo que en este ministerio se sirva su Magestad de las personas de tanta religión, letras y buena doctrina...»⁴.

En el siglo XVII, la oratoria sagrada cobra una importancia enorme. El fenómeno se da en todos los países de Europa, pero no particular interés en España. el público, tanto popular como cortesano, acudía a los púlpitos y era capaz de quedarse atento al discurso del orador durante una hora y hasta hora y media. Bien es verdad que muchas veces lo que venían a buscar los oyentes, no era el **adoc-trina**-miento o el cristiano aprovechamiento, sino el divertimento, el deleite literario o el mero espectáculo. A Dámaso Alonso debemos una fórmula muy acertada: «La oratoria sagrada, hecho social apasionante en el siglo XVII»⁵, y, en efecto, si desde siempre la predicación de la palabra divina ha sido primordial misión de la Iglesia, la oratoria sagrada en el Siglo de Oro español viene a ser un fenómeno eminentemente social, que a menudo se ha comparado con el del teatro⁶, porque, como él, entraba «en las preocupaciones del español de aquella época con una viveza, con una intensidad que apenas si hoy podemos imaginarnos»⁷. Con ser un aspecto tan importante de la vida española de los siglos XVI y XVII, la predicación de entonces sigue aún insuficientemente conocida. Desde luego, el estudio de la oratoria sagrada que durante mucho tiempo fue —y hasta cierto punto sigue siendo— la cenicienta de la historia de la literatura española, ha adelantado algo en las últimas décadas, pero aún queda mucho por

hacer. La impresionante colección de sermones impresos en los siglos XVI y XVII constituye una riquísima fuente tan importante como poco aprovechada para estudiar la vida de los españoles del Siglo de Oro, en todos sus aspectos: afectivos, estéticos, morales y socio-ideológicos. No falta tela que cortar. Ciñémonos hoy al caso preciso del sermón de la Dedicación del Templo de Lerma, en octubre de 1617, que es un sermón «ocasional», acondicionado por diversas y determinadas circunstancias. Predicado ante el Rey, el privado, la corte y un auditorio selecto, este sermón es, en el sentido estricto de la palabra, un ((sermón cortesano)) y puede servir de excelente muestra para estudiar cómo se predicaba entonces al Rey y a la corte. Intentemos, pues, el análisis detallado de este sermón y veamos lo que revela en cuanto a los diversos aspectos subrayados más arriba.

* * *

A primera vista el sermón es una sencilla homilía, ya que es una exposición de la letra del evangelio del día, el episodio de Zaqueo según San Lucas, capítulo XIX, versículos 1-10 (Paseándose Jesús por Jericó, un publicano llamado Zaqueo se subió a un árbol para poder mirarlo. Levantando los ojos, Cristo lo vio, le mandó bajar y fue a hospedarse en su casa. Zaqueo se convirtió y dio la mitad de sus bienes a los pobres). Pero, como veremos a continuación, estudiando el plan o estructura retórica, se trata más exactamente de un sermón que mucho se parece a lo que Ximénez Patón en su **Perfecto Predicador** llama **Paradoxón**, en la medida en que, además del evangelio del día, el predicador se vale de otros textos **escri-tu**arios y desarrolla ideas exteriores a la letra misma del episodio evangélico. Su-perando todas las divisiones teóricas entre las diferentes clases o géneros de sermones, Paravicino da a su ((oración evangélica)) el giro de un ((sermón de un solo tema)), obedeciendo a una sola idea que domina todo el discurso.

Para la ceremonia de la dedicación de una iglesia, el ritual católico ha previsto una liturgia muy precisa, apoyada en textos escogidos adrede del Antiguo y del Nuevo Testamento y que, como sigue, tiene una muy grande coherencia **inter-na**⁸. En los tiempos bíblicos, el ((Taberná-culo» o Tienda de la Alianza y, más tarde, el Templo de Jerusalén, eran el signo visible de la presencia de Dios entre su pueblo. En la época moderna, Dios reside, eucarísticamente presente, en el taberná-culo de las iglesias de piedra, casas de la oración en las que el Sumo Sacerdote ofrece cada día su sacrificio. Pero los templos de piedra son la imagen de la Iglesia, hecha de piedras vivas, que sigue y seguirá edificándose hasta que se vuelva, en el fin de los tiempos, la nueva Jerusalén celeste. Tal es la tradición **litúr-gica**, teológica y exegética de la dedica-ción. Desde luego fray Hortensio no deja de aprovechar esta tradición, pero le sobre-pone una orientación marcadamente cortesana.

El eje que rige todo el sermón es la idea siguiente: cuando Dios distingue a un hombre y le hace poderoso, éste tiene la obligación de corresponder, actuando con justicia alrededor suyo y favoreciendo los desfavorecidos que le rodean.

* * *

Paravicino, que de manera general ponía poco empeño en publicar sus sermones, no llegó a dar a la imprenta éste de Lerma, que sólo fue publicado en las diferentes ediciones póstumas de **Oraciones evangélicas y Panegíricos funerales**⁹. Ninguna de estas ediciones presenta divisiones internas del sermón numeradas como aparecen otras veces, pero se puede llegar, con relativa facilidad, a esta-

4 La carta se conserva en la B N Madrid, en el códice 18.238, folio 7, y la publiqué, con otros papeles, en la revista **Criticón**, Universidad de Toulouse-Le Mirail, núm. 14, 1981, p. 65.

5. Este rótulo es el subtítulo del artículo «Predicadores ensonetados», recogido en *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas*. Madrid, Gredos, 1962.

6 E mismo Paravicino exclama en el sermón del primer domingo de cuaresma de 1616, «Por nuestra desgracia han llegado los sermones tan a la necesidad misma de agrado que las comedias.», *Oraciones evan-gélicas*, Madrid, 1766. Tomo I, p. 176.

7 Dámaso Alonso, art cit p 96

8 El introito viene del Génesis (cap. XXVIII-17) y del Psal LXXXIII; la lectura esta sacada del Apocalipsis (XXI-2-5) y el Evangelio, como lo hemos visto, relata el episodio de Zaqueo según San Lucas (XIX 1-10)

9. 1641, 1646, 1695, 1766 Cito siempre por la última edición, hecha por el Provincial de Trinitarios de entonces. Fr ALONSO CANO. *Oraciones evangélicas o discursos panegíricos y morales*. Madrid. Joaquín Ibarra, 1766. en 6 tomos

Esquema del sermón

EXORDIO	<p>INTRODUCCION:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Paralelo entre la dedicación del Templo de Salomón en Jerusalén y la del Templo de Lerma. 2. Resumen del evangelio del día (episodio de Zaqueo) y resumen de la conclusión que se puede sacar. <p>AVE MARIA</p> <hr/>
NARRACION	<p>CUERPO DEL SERMON:</p> <p>TEMA: Quia hodie huic domui salus facta est (Luc. XIX).</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Dios sólo es el Rey que no ha menester nada, ni para ser, ni para obrar, ni para servirse. (mientras que los Reyes y poderosos de este mundo, tienen necesidad de todos y de todo) Dios no necesita que le labren y edifiquen templos. Si gusta de ello es sólo por mirar al remedio de nuestras necesidades. 2. Dios no pide el edificio así, sino a su nombre: Ipse aedificabit domus nomini meo SADAY (en latín: suficiens, abundans. en castellano: abundante, sobrado, poderoso a dar). El nombre ADONAI o JEHOVA nunca acabó Dios de enseñarlo. <p>Conclusión: Los templos le están bien a Dios para hacer bien a los hombres necesitados y ejecutar saludes, como la de Zaqueo:</p> <p style="text-align: center;">Hodie huic domui salus facta est (repetición del tema)</p> <hr/>
CONFIRMACION	<ol style="list-style-type: none"> 3. Perambulabat Jesus Jericho: <ul style="list-style-type: none"> — Dios tomó la iniciativa. Se paseaba y escogió a Zaqueo. — Hay que poner cuidado en las construcciones y edificaciones y planearlas. Como en todas las elecciones. — Así hizo Dios con María, verdadero Templo de la Encarnación. — Dios vio a Zaqueo sin que éste le llamase: Porque es Dios grande, mira las cosas pequeñas. Así deben hacer los Reyes y poderosos. 4. Cristo vio a Zaqueo y le hizo merced. (Miedo de los apóstoles en la tempestad del mar Tiberiades, cuando Cristo pasaba sin verlos.) 5. Viva y ardiente advertencia a quien le tocare cuidar de naves, familias, republicas. Los deberes de los poderosos... 6. Templo material/Templo espiritual. Mandar Cristo bajar a Zaqueo fue querer el templo espiritual de su persona misma, que es lo que Dios pretende en estas dedicaciones. La caza de altanería es gusto real. Dios también desea la conversión de ánimos altaneros. <hr/>
EPILOGO	<p>Juego sagrado entre un Dios y un hombre: respirando el uno favores y el otro gratitudes. Hodie in domo tua aportet me manere/ Ecce dimidium bonorum meorum do. Dios no quiere despojos ajenos, sino dones propios: dar algo de la hacienda propia es gran doctrina para señores. Admonestación final a los poderosos para que remedien sus yerros. Oración final a Dios: Señor, a favorecer peticiones. Hagáis Vos en vuestros templos salud de gracia, hasta la dedicación de la gloria.</p>

225

blecer la rigurosa arquitectura que estructura el sermón.

Aunque, como lo notó acertadamente Miguel Herrero García:

«Los predicadores españoles, conocedores perfectos de la retórica de Cicerón y Quintiliano, la abandonaron, a ciencia y conciencia, y se construyeron una retórica suya propia, capaz de regir un arte nuevo de la elocuencia sagrada)¹⁰.

la huella de la herencia de los preceptistas clásicos sigue perceptible en las «nuevas» retóricas y no resulta muy difícil, a pesar

de la ausencia de división, reconocer el esquema aristotélico que distingue las cuatro partes: Propositio - Narratio - Confirmatio - Peroratio¹¹ o, según la terminología de Terrones del Caño: Exordio - Narración - Confirmación - Epílogo. que corresponden, cada una, a una necesidad diferente. Podemos, pues, establecer el siguiente esquema: (véase parte superior).

Este esquema (forzosamente reductor) del sermón, ya da una idea de cómo el

predicador aprovecha y orienta el relato evangélico. Todas las explicaciones que desarrollan, no sólo el sentido literal y el sentido moral, sino también el sentido alegórico, convergen hacia la idea principal: las obligaciones de los poderosos (el rey, los ministros, los grandes, los cortesanos...). Dadas las circunstancias, mucho era de temer que el sermón viniera a ser un lisonjero discurso dirigido a los eminentes oyentes (el rey, la familia real, los grandes y títulos), o de una manera más precisa, un discurso panegírico del poderoso ministro, el Duque de Lerma. En más de diez años de vida en Madrid, Paravicino había tratado a toda clase de gente, desde el más humilde cortesano hasta el más elevado prócer. Más de una vez se

¹⁰ Página IX del «ensayo histórico» que sirve de introducción a su **Sermonario clásico**, Madrid Escelicer 1942

¹¹ No quiero entrar aquí en el examen de las influencias coetáneas que recibió fray Hortensio. Por seguro conocía o se trató de fray Luis de Granada de San Francisco Ximénez Páton y de otros no menos importantes. Me limito por ahora a analizar y caracterizar un solo sermón. La hora del balance vendrá más tarde

había visto precisado a actuar como pre- tendiente y en las academias literarias o los certámenes poéticos frecuentaba tanto los grandes señores como numerosos ingenios siempre dispuestos a hacerse lo llamamos hoy ((escritores-criados) y **auto- rps** de poesías y composiciones **enco- miásticas**¹². Por aquellos mismos meses, precisamente, Góngora estaba escribiendo su **Panegírico al Duque de Lerma**, y sabemos que si López de Zárate ha dejado a la posteridad una descripción ditirámica de las fiestas de Lerma en 233 octavas reales, no era el solo relator-poeta presente. Paravicino no podía quedar insensible a tal ambiente, y abre su sermón haciendo la comparación entre la dedicación de la colegial de Lerma con la del Templo de Salomón en Jerusalén, lison- jeando así a sus oyentes:

Si no me ejecutan escrupulosamente los estudiosos o afectadores cómputos y tiempos, por este mismo en que nos hallamos a celebrar la dedicación de este Templo in- signe (obra gloriosa de pensamientos gran- des), se celebró también la dedicación del Templo de Salomón habrá ya tantos siglos. Ni titulares en miedos de si me arriesgo a lisonjear, cuando ambas dedicaciones las compare; que si en aquella se juntaron un Rey de Israel, los grandes de su Corte, los Príncipes de su Estado, las cabezas de las familias ¿quedará ahora por Rey, por gran- des, por Príncipes, por cabezas? ¿No ven- cen estas vendas reales, estas insignias ilustres, este concurso entero a aquellos ensayos de imperio primerizos? El ser en la Corte, como Jerusalén, falta sólo...

Tradicionalmente al exordio correspon- de la función de **deleite** y el predicador ejerce su **captatio benevolentiae**. Pero muy pronto, tras halagar a su público, Paravicino corrige el enfoque y advierte que la grandeza y el acierto del edificio, más que a humana admiración, debe des- pertar los corazones a piedad y a **obliga-**

ción. Lejos de borrar el ambiente cortesa- no en el que está hablando, el predicador se dirige directamente a los cortesanos, y, aprovechando el resumen del episodio evangélico (en el que algunas voces se elevan para murmurar contra la decisión de Cristo de ir a posar en la casa de un publicano), los apostrofa de esta manera:

¡Oh, válgame Dios! ¡Qué de cosas se murmuran, o por no verlas, o por no mirarlas a buena luz! ¡Qué de favores que se calumnian más porque yo no los alcanzo que porque el otro no los merece!

Entrando ya en el cuerpo del sermón, el predicador, en la primera parte o **Propo- sición**, tiene que enseñar. Paravicino es- coge, para ello, desarrollar un punto teo- lógico: «Dios solo es el Rey que no ha menester nada», Dios todopoderoso por esencia, no necesita nada, ni para ser, ni para obrar, ni para servirse. No vacila Pa- ravicino en prolongar su reflexión, entran- do en los pormenores, para mostrar que **aun** el príncipe más poderoso tiene necesi- dad de todos y de todo:

Es la monarquía nuestra la mayor que ha visto el sol, pues jamás deja de mirarla; pero sin vasallos, sin grandes, sin señores, sin gentiles-hombres que sirvan, sin ministros que ayuden, sin Consejos que guíen, aun sin ese número vulgar que pueblan los ca- minos, no pudiera ser la que ew, aun dentro de su Corte. Magestades temporales tienen necesidad de cuanto lleva el tiempo.

Se perfila aquí la visión de la sociedad heredada de la alegoría del ((cuerpo misti- co)» en la que todos, desde el rey hasta el más humilde súbdito, son solidaria y co- lectivamente responsables. Paravicino no

vacila en encararse con los diferentes «miembros» de este «cuerpo», así como con la «cabeza», para recordarles el men- saje evangélico y presentarles las conclu- siones que han de sacarse para modificar la conducta de la vida y acercarse más al ideal cristiano. No ignora las dificultades de su situación¹⁴. En este caso preciso, además de la presencia del rey, del primer ministro y otras personas de categoría, acrecentaban aun la dificultad las rivali- dades y las intrigas que forzosamente ha- bían de desencadenar entre los cortesa- nos la murmuración, la maledicencia y los rencores. El predicador se hallaba a la encrucijada de los diferentes **clanes**, aun cuando el hecho de aceptar el encargo de este sermón significase que correspondía al favor que le manifestaba el **valido**¹⁵. Con gran clarividencia, poco antes de terminar el sermón, explica su perplejidad. Recordando un dicho de Tácito sobre los historiadores que a menudo pecan, sea por adulación sea por maledicencia, ex- presa una idea que puede parecer paradójica:

No sé porque sea más lisonjero este se- gundo que el otro primero: porque si alabar a un poderoso es lisonja, es de uno solo; pero decirle pesadumbres, es adulación de cuantos de más abajo lo oyen; y no hay porque sea más lisonjero el que lo es de uno, que el que lo es de tantos. Yo no sé como he cumplido en esta parte, teniéndome en el medio; pero a lo menos sé que ni lo uno ni lo otro se debe hacer.

Para medir el alcance de estas afirma- ciones hay que recordar lo que podía significar como tensión social la presencia en la villa de Lerma de los principales protagonistas de las luchas de influencia que se verificaban en torno a la persona del impresionable monarca. Pero, a pesar

13 En efecto el Duque habla mandado al licenciado Pedro de Herrera que se hallase presente en las solem- nidades y fiestas con encargo de escribir relaciones de ellas. El pobre licenciado confiesa «Concurrieron tantos ingenios aventajados y estudiosos con deseo de hacer e mismo servicio a tan gran Príncipe que por o que antepongo a seguridad de caerle fiandola mas de cualquiera otra pluma temi sacar a luz papel descriptivo de tan ilustre celebridad tanto con mayor razón aviendo entendido que algunas personas (cuya opinion era graduada) escriban en estilos varios) Véase mas arriba nota 2

12 Véase el sugestivo estudio de J. SIMON DIAZ. «Los escritores-criados en la época de os Austrias», en la Revista de la Universidad Complutense, núm. 169. Madrid. 1981. pp. 169-178.

14 De manera general Paravicino se queja de esta posición falsa. En un sermón de 1632 (4.º Domingo de Adviento) dirá « que la costumbre de las Cortes quita a los Maestros de Dios a libertad o les pierde e respeto». Oraciones. I 41.

15 Recordamos que e año anterior Paravicino, al pu- blicar su primer sermón impreso lo dedcado a fray Luis de Aliaga que no había de tardar en volverse uno de los más decididos enemigos del Duque de Lerma

de todo, fray Hortensio sabe cuán difícil es exhortar públicamente al Rey¹⁶, y, por tanto, no se atreve a «dar consejos») al soberano o a ((ejecutarle resoluciones») y mucho menos aún a reprehenderle o condenar tal o cual conducta. La habilidad del predicador consiste entonces en hablar de Dios, en comentar la acción divina y después, partiendo de la idea implícita de que el Rey es la imagen viva de Dios en este mundo, ha de imitarle en todo. Las ideas no son nuevas: Paravicino participa de la gran corriente político-moral que ha producido, desde el Renacimiento, numerosas obras doctrinales¹⁷ y que culminará poco después con los escritos políticos de Francisco de Ouevedo, sentando definitivamente los grandes principios de la doctrina de la ((Política de Dios y gobierno de Cristo»¹⁸. Pero, por debajo del Rey, de modo piramidal, por influencias e imitaciones sucesivas, se baja del soberano a los ministros, a los grandes, y por fin, a los cortesanos todos. Toda la parte central del sermón (lo que las **Artes praedicandi** de entonces llaman **confutación** o **confirmación**) y en la que el predicador ha de «mover» a su público para persuadir, desarrolla estas ideas.

Aprovechando hábilmente el evangelio del día, Paravicino se centra en la responsabilidad de los que ejercen el poder, desde el rey hasta los señores. El predicador no vacila en sentar unas afirmaciones intangibles:

La bondad de los Príncipes es la parte primera para el Imperio. El que no es Rey

¹⁶ Un poco más tarde, en presencia del Rey Felipe IV, para el Miércoles de Cenizas de 1626. Fr HORTENSIO dirá en su sermón «... es menester muy especial espíritu de Dios para decir a un Príncipe en el rostro libertades o ejecutarle a resoluciones». **Oraciones**, I, 101

¹⁷ Recordemos principalmente **De regno et regis institutione**, de F. MORCILLO. **De regno et regis officio**, de J. GINES DE SEPULVEDA. **De regis institutione**, de J. LÓPEZ PALACIOS RUBIOS; **El cortesano**, de CASTIGLIONE traducido por BOSCAN, y **El consejo y consejeros de Príncipe**, de F. FURIÓ CEROL. Contemporáneos de Ouevedo son Ramírez de Prado el padre Mariana, fray Juan de Salazar, Pedro Martir Rizo, Saavedra Fajardo, etc.

¹⁸ Precisamente en este año de 1617 fue cuando Ouevedo redactó la primera parte de su obra celebre (que sólo fue publicada en 1626) a la que había de dar una segunda parte en 1635 (y publicada en 1655)

bueno, no es Rey y el que vive en temor de Dios, mundos por reinos merece... Y así han de usar los Príncipes de la justicia con la bondad...

En efecto, la bondad no basta y el rey ha de ser justo, lo que lleva Paravicino a expresar una verdad importante, dándole forma de sentencia:

el reinar es el mayor trabajo

Por supuesto, los reyes saben **guardar** la justicia con la bondad, pero apoyándose en su absoluta responsabilidad, en príncipe tendrá especial cuidado en la elección de sus ministros. A su vez éstos también tienen obligaciones:

Deuda a los Príncipes, a los poderosos y aquellos todos en quien en alguna manera la doctrina puede tocar, para que piensen mucho en las elecciones que hacen...

A cada grado de la escala, Paravicino dirige sus reflexiones. Primero el rey. Aun guardándole el mayor respeto, no vacila en afirmar en presencia de Felipe III:

No se prueba la vista de los Reyes en ver grandes señores (si bien justamente se emplea) que su grandeza es tal que los más humildes los vemos. Ver los pequeños, ver los desvalidos debe ser porfía de sus ojos generosa: y así son tan culpados los hombres por sangre, o por fortuna, o por diligencias, constituidos en lugar mayor, que desconocen fácilmente a los más pequeños.

Y de la misma manera, dirigiéndose a todos los que ejercen el poder, les dice:

Verán cosas grandes lejos: que no todo lo grande, en especial en materia de méritos, ha de estar en una sola República o dentro de Palacio. Empéñense los señores de familia o de imperios a mirar alguna vez lejos: que quizá hallarán cosas grandes donde menos piensan; pues no podrá ser cosa más infructuosa que esta higuera de

hoy, tan ambiciosa de ojos cuanto huérfana de frutos, y ha116 en ella Cristo un Zaqueo a quien hacer mercedes.

Se puede notar aquí con qué habilidad fray Hortensio expone su concepto del poder, aprovechando el comentario evangélico. Pero va más allá, y para terminar su **confutación** recalca la responsabilidad de todos los que han recibido el poder de mandar a otros:

No saber, pues, los Mayores o los Ministros daños de desconciertos de sus Repúblicas, es desgracia: saberlas y no remediarlas, sería prevaricación. Lo primero es no ver el mal; lo segundo estar de su parte. A quien le dieron el poder y entendimiento, no tiene disculpa en faltas de ejecución; pues no deben las manos de los Mayores prevaricar de sus ojos nunca: cargo que si le consideran cuantos mandan a otros, hace peso demasiado. De donde suele encargarse tanto a los que gobiernan la mano siniestra de la justicia...

Bien es verdad que al predicador tampoco se le olvida poner de realce las obligaciones de los **vasallos** y fijar los deberes de todas las clases sociales. Ensanchando su visión al pueblo entero de Dios, según la lógica de la liturgia de la dedicación, Paravicino saca la conclusión en el terreno de la moral:

Templo es la Iglesia de piedras vivas: cortar hemos menester de nosotros, de nuestras costumbres. Fábricas son las Repúblicas, quitar debemos en nuestros intereses. Veo que muchos se quejan del edificio y gobierno: pero nadie piensa que está en él la desigualdad. Corte cada cual de afectos por su parte, pues es piedra de la pared e iguálese a la escuadra: no quiera siempre ajustar la fachada hacia el otro lado; que quizá es él el que tiene más esquinas en toda ella.

En el **exordio** o **epílogo**¹⁹, Paravicino reúne y amplifica sus conclusiones. Con

¹⁹ Un contemporáneo y amigo de Paravicino fray Cristóbal de Avedaño compara las cuatro partes de un sermón con las cuatro estaciones del año. Para él, en la fase final o «verano fogoso») aconseja «todo ha de ser

bastante atrevimiento actualiza su lección y se refiere a las condiciones concretas de las ceremonias de Lerma. Entrando en el terreno minado de las «obras pías» que unos hacen para acreditarse de generosos y virtuosos → el caso podía aplicarse perfectamente al Duque de Lerma — fray Hortensio recuerda el más elemental deber cristiano que es la justicia social:

No culpo los gastos grandes a que la honra de Dios y otros respetos de estado han dado causas; pero quien tiene ánimo para echar por las plazas los millares, no es justo que se le evite para dar al pobre, y aun al criado, cantidades muy ordinarias, y más si fuesen debidas, si no que somos tan amigos de nuestra libertad, que aun en la limosna y dinero que se da a Dios, gusta más el señor de enviarlo al hospital que al aposento del criado enfermo; porque esto suena a obligación, cosa que huyen aun del hombre los señores. El hospital tiene algo de antojo, aunque sea virtuoso, y así es más fácil hazaña.

Y termina fray Hortensio aplicando la conversión de Zaqueo a la conducta de los reyes:

Ninguno hace pecados más fáciles de remediar que los Reyes; porque si no se han pagado los criados, con pagarse se remedia; si al otro gran soldado no se le dio el cargo que llevo el otro por favor, abrazar la oración primera de mejorarle; si defraudaron en la mitra, premiarle sin más consultas, que todos son hombres y votan por pasión cuantos tienen libre albedrío, y no hay teología que obligue a juicio ajeno las satisfacciones propias. A quien no le dieron la plaza, dársela; está el daño en el gasto, no hacerle en esto; en aquello excusarlo; en no hacer mercedes: hacerlas; en que son muchas. templarlas; ¿que hay poco castigo? cargar la mano; ¿es sobrado? levantarla.

¿No véis cómo los Príncipes fácilmente pueden remediar sus yerros, como los ricos sus deudas?

Desde luego, de este final se desprende la impresión que el concepto que se formaba fray Hortensio del poder y de los medios de ejercerlo era algo reducido y demasiado «moral». Incluso se le podría calificar de «ingenuo». ((Castigara los malos y premiar a los buenos)) es un precepto demasiado simplista para constituir una regla de gobierno. Pero ello no ha de hacernos olvidar los méritos que hemos destacado a lo largo del estudio de este sermón. No era tarea fácil para el predicador de la palabra de Dios exponer el mensaje evangélico en las circunstancias político-sociales de las fiestas de Lerma. Paravicino, no sin valentía moral, se encaró con la dificultad y, hasta cierto punto, la venció.

* * *

No quisiera cerrar este estudio haciendo caso omiso de otro mérito de este sermón que he calificado de ((cortesano)): su dimensión literaria, su estilo. Este aspecto justificaría por sí solo un amplio desarrollo. Me limitaré a unos cuantos apuntes. El público cortesano venía a los sermones en demanda de placer literario. En este sentido, Paravicino sabe responder a la espera de su público y dar un matiz ((cortesano)) a su sermón. Digamos que en Lerma fray Hortensio ilustra ya la fórmula que expresará un poco más tarde (en el sermón de Santa Isabel, de 1625):

Ha de ser un Predicador docto en sus obligaciones: valerse de cosas antiguas y nuevas, de uno y otro Testamento, de una y otra comparación, para calificar y persuadir su doctrina...

Como lo hemos visto de paso, no faltan citas, ni de la Biblia, ni de los clásicos (Platón, Tácito, Séneca), ni de los padres, Tertuliano, San Agustín, San Juan Crisólogo, Santo Tomás.

Por otra parte, fácil sería multiplicar las citas de pasajes en que se remonta el estilo. Me limitaré a dos ejemplos. Primero:

Apártase Jesucristo de sus discípulos una vez a la orilla del mar de Tiberiades, ambárcanse algo después desconsolados, sádeles el miedo adivino, y a poco alejarse de tierra, comienza a hacer mucha mar: pierden la color natural con cobrar más bríos las ondas, obscurécese el cielo, crece ya a soplos, ya a bramidos el viento. **declárase** del todo la tempestad, **mézclanse** con las nubes las aguas, una de envidia y otras de venganza; y el pobre navichuelo lo padece todo: gime la quilla, crujen los costados, rómpense las jarcias, ni bastan de apurados los pobres pescadores a las faenas, desarbolan de cuerdos o de rendidos y **déjanse** a a la cortesía de un elemento tan inexorable, cuando viene pisando las aguas Cristo...

El segundo ejemplo es la joya literaria de este sermón, y tal vez una de las páginas más logradas de Paravicino: en este pasaje fray Hortensio habla del gusto de los reyes por la caza de montería o de altanería. No puedo reproducir entero por demasiado largo y me limitaré a estas líneas:

La fiera o el ave cogida a diligencias o a alaridos es la mira del gusto real. Gusto debe ser del Príncipe, venísele la garza a las manos en las primeras lomas allá de nuestra tierra; que no sé si hay volatería en ésta; pero gusto leve y casi azaroso, salir con losalcones, soltar el búho, echizo hurano de cuantas aves viven en el aire, bajar a reconocerle la nube de las curvas, irse quedando malamente atenta la una, levantarla al fin receleosa, soltarla el sacre, que engañosamente ofendido de su nombre rodea las distancias del tiro: coge una y otra vuelta, hace una y otra punta, hasta coger el viento e igualar o vencer el ave, **repullar** altivo sobre ella, componerse en viaje y dejarse venir sobre la prisión desde las nubes como un rayo animado, acertar a repellarla del lado, huir la curva medrosa a buscar región más humilde, enviarla el jirifalte de consuelo que la obligue a examinar segunda vez

fevor, todo moral, todo desengaño todo a las costumbres, unas veces hablando en familiar con el auditorio, haciéndole muchos argumentos de razón obligándole a que deje el vicio, y entre por la senda de la virtud)) Saco esta cita textual del más reciente estudio que se ha realizado sobre la Oratoria Sagrada española en el Siglo de Oro, y que es de gran mérito. **Preaching in the spanish Golden Age**. Oxford, 1978

las alturas de su riesgo, topar ya el enemigo prevenido, y aun acometida, repetir el inferior daño: deslumbrarse pudiera en la igualdad del peligro con tan infeliz elación, como de males solo, hasta que ya la importunación del sacre se ceila de golpe a ella, y entre sus uñas deja la vida, poblando el aire, o haciéndole heredero de alientos, plumas, graznidos, sangre: éste sí que es gusto real.

Sin duda alguna, al oír estas cláusulas, el rey, los grandes y los cortesanos todos debían experimentar gran gusto estético, y al leer nosotros hoy estas páginas, comprendemos mejor lo que podía ser un sermón cortesano en 1617.